

Una Poética de la *Humana Conditio* en la Era Planetaria (I) Contra la complejidad como signo del orden establecido

Por Raúl Domingo Motta¹

Este trabajo tiene por finalidad reflexionar y compartir algunas ideas sobre la actividad del pensamiento en general y del poético en particular, en directa relación con su posible protagonismo para elucidar el horizonte y la complejidad del actual devenir de la humanidad y de sus condiciones efectivas de posibilidad.

El devenir sujeto del pensamiento de la era planetaria

El significado de los términos poética y pensamiento poético que se utilizan en este texto no corresponde al de los manuales tradicionales de la enseñanza de la literatura, sino al utilizado por los poetas y artistas de principios del siglo XX como muy bien Heidegger, aunque a su manera, diera cuenta de ello. En este sentido, poética hace referencia a una modalidad de pensar, que quiere diferenciarse e incluso contraponerse a la clausura sufrida por la filosofía y la literatura establecida y cada vez más dependientes, de la producción de discursos para el funcionamiento del poder, del mercado y del espectáculo cultural (que muchas veces incluye al académico y al tecnológico).

Esta modalidad de pensamiento tiene por finalidad elucidar el nuevo horizonte humano con su correspondiente e inédita sensibilidad intrínseca. El pensamiento poético interpreta la trama sensible que enlaza aquí y ahora, la relación de la ética, la política, el poema y la historia, que generalmente se halla oculta en el trabajo pernicioso de la repetición de los lugares comunes y de la consagración ságnica del estado de cosas reinante. Poética es la puesta en escena de esa trama y nunca un producto, que hoy significa objeto fabricado para su consumo.

Tampoco es interpretación, en el sentido que de ello da la hermenéutica moderna, sino consumación.

El pensar poético es la composición de la sensibilidad y de los tópicos humanos aún dispersos y marginados del discurso establecido. De la misma manera que un poema es la carnadura de ese lazo temporal entre la circunstancia humana y su destino y no la compensación del cálculo y la prosa, como lo afirma la ideología pragmática de la burguesía moderna.

En función de ello es preciso analizar las condiciones de emergencia de un pensar colectivo e individual, capaz de imaginar y provocar las acciones más adecuadas al desafío que implica el incierto destino de la humanidad en el presente, que es en definitiva el destino de cada uno de nosotros, cada vez más asociado y relativamente dependiente de los acontecimientos, procesos y efectos producidos por el accionar y las decisiones remotas de otros seres humanos, cuya escala es global y enorme (en el sentido de fuera de norma establecida).

Un joven de hoy si quisiera comprender aquella conocida frase de Ortega y Gasset “*Yo soy yo y mis circunstancias*”, que se puede descomponer en las conocidas cuatro preguntas kantianas: ¿de dónde vengo? ¿quién soy? ¿dónde estoy? y ¿qué puedo esperar?, tendría que realizar un esfuerzo

extraordinario para situar su humanidad en un horizonte tan incierto como el que revela su presente. Un horizonte cuyos mundos hoy provincias de una globalización apenas comprendida, se descomponen sin solución, convirtiéndose cada uno a su manera, en escombros.

La intemperie que caracteriza al contexto existencial de los jóvenes de las primera civilización planetaria no es como aquella que enfrentaron los primeros humanos, dentro y fuera de las cavernas y en los inicios de la vida del sapiens y prontamente depredadora (por imitación de sus vecinos ecológicos), es por el contrario una inédita forma de vivir en una intemperie saturada de signos y refugios en ruinas.

Una de las características principales de este nuevo contexto es el hecho de hallarse clausurada la antigua estrategia depredadora de supervivencia humana, debido a que la especie se encuentra situada en una nueva encrucijada que involucra al destino de todo el planeta y como tal hace inviable toda estrategia de esa naturaleza.

Esto no significa que las dinámicas de depredación del planeta lleguen a su término, sino que su final es la depredación absoluta de nuestro habitat heredado, que como tal virtualmente se encuentra clausurado y superado por la escala actual de la producción y el consumo de nuestra especie. ¿Podrá la racionalidad tecnológica resolver esta encrucijada humana en el planeta? ¿Podrá la humanidad incluir al 70% de su especie hoy marginada en un submundo bárbaro? No la sabemos y la inercia depredadora del planeta y de la humanidad contra sí misma y las otras especies, se acelera día a día.

De esta manera, se manifiesta ante el sujeto planetario en ciernes, el gran aconte-

cimiento de nuestro tiempo plasmado en un nuevo umbral histórico que denominamos *humana conditio*, donde nuevamente el viejo Hermes dios de las transiciones, trae a los humanos un inédito mensaje oculto en la crisis ecológica de nuestro tiempo: la humanidad ha arribado al condicionamiento y puesta en peligro de sus condiciones naturales, históricas, sociales y culturales ¿podrá asumir este límite intrínseco a su despliegue planetario? ¿emergerá un nuevo sujeto colectivo e individual, capaz de percibir y asumir este desafío? ¿Podrán los seres humanos individual y colectivamente, “sojuzgar” sus sojuzgamientos y autolimitar el poder de destrucción de su entorno?

Tal vez las claves de estas preguntas se encuentren en la misma circunstancia en la que nuestros jóvenes se hallan inmersos, porque el sujeto de esta intemperie humana no corresponde ni a una cultura, ni a un pueblo, ni a una sociedad específica, sino a una multitud creciente y errante que cada vez más se ubica fuera de la agonía de sus instituciones, de sus conocimientos establecidos, de los discursos estandarizados de auto-comprensión, de la retórica política, de las cosmovisiones simples o complejas, de la rigidez de sus identidades heredadas, que ya no pueden ni sostener ni explicar el desapego generalizado de todo y de todos. Ruina de ideologías, formas, hábitos, creencias, imaginarios, en fin ruina de mundos². En función de ello, se observa en los llamados actores sociales, una sensación de desafección a lo dado y de fuga generalizada ¿pero hacia dónde?

Nuestro presente emerge de una transformación planetaria que ha tornado todo conflicto internacional en un conflicto interior, cotidiano, general y personal, cuyos acontecimientos nos conmueven y al mismo tiempo nos saturan de estímulos,

hasta paralizarnos en una perplejidad que nos **implica**, **complica** y **simplifica**.

Justamente, la raíz **pli** que tienen en común estas últimas palabras, muestran la situación de la condición humana de nuestra especie involucrada en un **repliegue** de lo humano frente al avance generalizado de la antigua y moderna barbarie, que como una sombra acompaña a todos nuestros esfuerzos políticos, culturales y civilizacionales. En este repliegue estratégico se preserva sin ninguna intensión programática, una estrategia barroca y planetaria que no se puede encuadrar en las estructuras políticas, sociales, cognitivas e institucionales heredadas³.

Esta estrategia y resistencia que aquí denominamos barroca es en definitiva, el derrame de una sensibilidad colectiva por fuera de las estructuras sociales existentes y que virtualmente, porta una posible voluntad general que en las circunstancias presentes, no encuentra su forma política, artística, religiosa ni jurídica para crear su espacio de convivencia y su horizonte futuro. Los actuales discursos sobre derechos humanos, desarrollo sustentable, género, identidad cultural, complejidad, democracia, estado, modernidad, nación, sujeto, ciudadano, futuro, rápidamente se transforman en clichés, pedagogías de la impotencia, formas muertas, discursos desafectados de pensamiento, bronce mudos, todos espectros de lo **cómico planetario**. Emerge así lo obscuro de una humanidad sin atributos en un contexto caracterizado por lo **in-mundo** y siniestro⁴.

Para elucidar nuestro destino, el de cada uno de nosotros y el de todos, será preciso regenerar la fantástica humana, su fuerza creativa y de reinención de lazos entre el pensamiento y lo inhumano, entre la mujer y el hombre por venir, ya que el género es

también genérico y generativo, el joven y el anciano, las víctimas y los verdugos, la comprensión y la incomprensión. Esta tarea reclama el protagonismo del pensar y no sus formas acabadas del presente, totalmente desprovistas de su fuerza poética y elucidatoria, como son el caso de la epistemología, la filosofía, las ciencias, las doctrinas educativas y las técnicas.

Jean Piaget afirmó en su obra “Sabiduría e ilusiones de la filosofía”, que cuando se trata de decidir, elucidar y elegir un destino, no podemos recurrir ni a una filosofía establecida, ni a los recursos de la ciencia ni la tecnología, en estos casos decía, es necesario sabiduría, pensando tal vez en la antigua *sapientia*. Porque poco pueden hacer los actuales discursos sin el acto creativo del *poietes*, el compoñedor de saberes (facultad que no corresponde necesariamente a ningún sujeto particular, sino que puede implicar a la comunidad en general), quien mediante el arte de la composición inventa el sentido del mundo, que en realidad es un artificio fantástico e infundado para acompañar al trabajo del agricultor, del artesano, del cazador y del guerrero, en la construcción de una comarca que oculte los rastros de las antiguas ruinas. Todas las ruinas como muy bien lo señaló Georges Bataille, muestran los fundamentos a la intemperie y de esta manera, los delata en su infundada y siniestra presencia, sobre todo si aquellas ruinas son de los espacios públicos, casi todos secuestrados por la guerra, la tecnocracia, el mercantilismo y la corrupción generalizada.

Una poética de la *humana conditio* debería mostrar que el actual malestar civilizacional, encarnado en la muchedumbre (con sus resistencias, sus aspiraciones y su errancia), corresponde a un pueblo, una civilización, y a un sujeto por venir, que si bien es incierto porque aún no existe y tal vez nunca pueda concretarse como una di-

ferencia superadora, no es menos cierto que su ausencia muestra la búsqueda de alternativas frente a las ruinas presentes, donde el bien común se ha transformado en mercancía global.

¿Cuál podría ser el sujeto de esta intemperie? Tal vez una multitud creciente de seres anónimos tratando de tejer estrategias para vivir, y en muchos casos solo para sobrevivir. Pero con seguridad sabemos que no son ni ciudadanos ni productores, algunos los llaman “los muchos”. jóvenes, ancianos, hombres y mujeres nómades, niños abandonados, recién llegados, sobrevivientes de genocidios, de guerras de intervención, desempleados, indígenas, nuevos y viejos trabajadores precarizados (como los docentes y los encargados de los servicios de la salud) y los pueblos sin tierra real ni virtual, menesterosos y anónimos de todo tipo, se abroquelan entre “los muchos”, es decir la multitud.

Baruch Spinoza fue condenado y vilipendiado por hablar de ellos y por ellos. Tomás Hobbes les temía, porque sabía que su informalidad en la intemperie era el obstáculo más peligroso para construir la soberanía del estado moderno y burgués y el contrato social complementario, hoy uno y otro en ruinas. Estos peligros renacen y se multiplican con el latente conflicto entre los sectores integrados socialmente y por ende cerrados a nivel local y aquellos que representan los procesos de desarrollo global.

En medio y en los alrededores de este enfrentamiento, no exento de mezquindades globales y locales, se encuentra la mayoría de la humanidad sin ninguna posibilidad de poder asumirse como parte de un “nosotros” frente a “ellos” y “aquellos” y así, recomponer la responsabilidad política de todos. Para colmo sin un “nosotros” tampoco hay “yo” por estar disuelto en una multitud errante.

Los muchos, errantes humanos en busca de una sociedad por venir, multitud sin pueblo, energía de una sociedad planetaria que aún no existe y no sabemos si advendrá, son percibidos con temor y desdén. Las ciencias sociales del presente, heredan este temor de su padre fundador, porque los muchos como una multitud creciente, es lo contrario de la noción leibniziana de mónada, es decir de individuo autosuficiente y clausurado, así como también es contraria a la idea de comunidad, como metáfora orgánica de la convivencia social.

La multitud se caracteriza por ser una aglutinación de individuos agregados unos a otros, por vínculos débiles y esporádicos que como tales, no tienen un fin en sí mismos. Una multitud es como un cuerpo sin órganos ni cabeza muy distinta a la figura que se encuentra en la tapa de la edición original del Leviatán de Hobbes. Pero la peligrosidad que el status quo cree ver en la multitud es su capacidad espasmódica de intensificación energética que puede conducir a una metamorfosis social.

Frente a ella no sirven ni los últimos discursos sociales y de mercadotecnia ni las últimas estrategias emanadas de los gabinetes psicopedagógicos, ni una pedagogíaedulcorada de la complejidad, porque la violencia también crece en las escuelas, transformadas ellas también en instituciones errantes.

Porque como señala Norbert Elias, antes de seguir improvisando con los esquemas políticos de siempre es preciso repensar una nueva integración humana a nivel local y global:

Una de las singularidades de la situación actual es el hecho que también en este plano la imagen del nosotros, la identidad como nosotros de la mayoría de los seres humanos, va muy por detrás del nivel de integración real; la imagen del nosotros va muy a la zaga

de la realidad de las interdependencias globales y, por tanto, también de la posibilidad de que grupos humanos particulares destruyan el espacio vital común. [...] El sentimiento de responsabilidad por la amenaza a que está expuesta la humanidad es mínimo. Por muy real que sea esta amenaza, la actitud orientada hacia la propia nación hace que parezca irreal, cuando no una ingenuidad. Es cierto que el movimiento integrador no planeado obliga a que se formen alianzas y, por ende, también organizaciones militares multinacionales. Pero para quienes intervienen en estas alianzas su Estado particular sigue siendo el principal punto de referencia del nosotros⁵.

Lo mismo sucede con las estructuras ideológicas y doctrinas sociales. Ya lo había anticipado Fernando Pessoa, quien se expresaba a través de su heterónimo Alvaro de Campos, diciendo: “¡Pasad flojos! Que necesitais ser **istas** para pertenecer a un **ismo**”. Marxismo, existencialismo, estructuralismo, positivismo, posmodernismo, “complejismo”, etc., son diluidos por un proceso de transformación planetario que requiere ser pensado y no ideologizado. Es cierto, todos estos “ismos” eran reparos, amparos y refugios. Pero han cambiado las dinámicas entre la amenaza y el amparo, entre el miedo y la angustia.

La intemperie actual se parece a un desierto, que tarde o temprano como Moisés, tendremos que atravesar. Por ello todo nuevo refugio (institucional o ideológico), hoy se parece más bien a una antigua trampa. Malos tiempos para una educación basada en recetas, programas y discursos de moda.

Porque es preciso crear una nueva interrelación entre poética, antropología y política, capaz de transformar la emoción multitudinaria en una cortesía planetaria, es decir en una nueva escala de conviven-

cia y desarrollo humano, que no se reduce a ninguna condición material y financiera específica sino que por el contrario, promueva las condiciones efectivas de la creación y regeneración de una comunidad planetaria basada en diversidad y singularidad humana.

La planetarización de la tecnología y su consecuente riesgo planetario han convocado a lo enorme y en función de ello, los mundos del mundo (el planeta imaginado), se ha desbocado en un proceso de planificación mercantil o terrorista que todo lo abarca. Dentro de este proceso se observa que la humanidad se repliega, dejando en su lugar al protagonismo de la barbarie tecnocratizada y potenciadora de la barbarie ancestral. ¿Podrá en ese pliegue producir un pensar planetario? ¿Podrá emerger un sujeto humano capaz de pensar una alternativa para el destino planetario y errante de la *humana conditio*? ¿Podremos recrear instituciones acordes a la escala del desafío que enfrentamos?

Intentar pensar por fuera de los clichés políticos, institucionales, educativos e informativos requerirá experimentar personal y colectivamente este desafío.

Porque es preciso realizar conexiones inéditas que configuren caminos alternativos, y también, nuevas encrucijadas. De esta manera pensar, como dice el poeta Roberto Juarroz recordando a Martín Heidegger, se asemejará a salvaguardar. Porque pensar es reunir, convocar y conjurar lo que vale humanamente la pena. No se trata de “sustentar” sino de transgredir y repensar el estado de ruina generalizada en medio de la proliferación de riquezas sin contención ni distribución

·
Pensar es violentar el status quo de los discursos establecidos y desafectados de re-

flexión y visión. Pensar es siempre un arte forastero, porque problematiza desde afuera, los discursos demasiado organizados y establecidos en categorías por más complejas que estas sean. Es un arte forastero porque conecta lo establecido con aquello por establecerse o desestabilizarse.

Pensar no es razonar ni entender, es apenas comprender y mucho más inventar. Pensar será de ahora en más un arte de la reinención de mundos en un planeta errante.

Destino humano incierto e inacabado en un planeta aplanado, ¿qué es lo que todavía no pensamos? La “humanidad” de la humanidad y el destino de su nueva condición en el planeta y el cosmos, para lo cual no hay todavía, ni derecho, ni ciudad, ni patria, ni filosofía, ni instituciones para una sociedad mundo posible.

Tampoco hay lugares comunes donde depositar nuestra angustia. Porque la era planetaria dislocó los lugares comunes haciendo de la errancia y la incertidumbre nuestro único lugar común. ¿Podremos producir, amar y gobernar en este horizonte? Sí, mientras siga el juego entre la especie, el planeta y su destino, y es este juego el que hay que pensar y regenerar.

¿Qué puede hacer la educación? Crear las condiciones para pensar. Recuperar una erótica del pensamiento, la erótica del pensamiento es una constelación de preámbulos para el advenimiento de lo humano, que consiste en una amalgama de *sapientia*, compasión, espera y agudeza.

Todas actitudes que predisponen para la prudencia y la vigilia, combinación entre el arte de orientarse en la historia y el ensueño de una comunidad por venir. Ya lo decía Antonio Machado, al borde del pre-

cipio de la Guerra Civil española: *Es preciso crear una escuela de sabiduría popular para que el hombre comience a desaprender lo aprendido, descreer lo creído, desaber lo sabido, y tal vez de esa manera comience a creer en algo.*

Notas:

¹ La primera parte de este trabajo corresponde a una conferencia magistral dictada en I° encuentro mexicano de Pensamiento Complejo y Planetarización de la Humanidad. Noviembre 2004, Culiacán, Sinaloa, México, y se reproduce en este ejemplar de Complejidad. Su continuación será publicada en la próxima edición.

² La palabra “ruina” viene del latín “ruo” que significa roto, caerse algo a pedazos, venirse abajo por estar fragmentado. También como muy bien precisó San Agustín, significa pérdida. En toda ruina se encuentran sumergidos y al mismo tiempo a la vista de todos, los fundamentos del origen/originante y la posibilidad de la regeneratividad de lo disponible para vivir. Las ruinas y los residuos que se expanden por el planeta son las huellas de las catástrofes, donde orden y desorden se asocian para producir la génesis y la regeneración de nuevas formas y procesos, tal vez mejores, tal vez peores que las anteriores. Toda transformación que arruina y regenera requiere de un arte, más que de ciencia y filosofía, ya que previamente hay que componer la inhospitalidad que generan los fragmentos de un mundo por venir, que como tal no encuentra símil. Es la tarea del poietés o compositor.

³ Entiendo en este contexto por estrategia barroca a la operación de transmutación de sentido que los pueblos latinoamericanos realizaron al reconfigurar a partir de su significado e intensión política original, los discursos de las formas religiosas y políticas previamente creadas por la colonización para la conservación de su status quo.

⁴ In-mundo significa ausencia de las condiciones de posibilidad para la vida humana como lo significa plenamente el término inmundicia. “Cómico planetario” es una expresión relacionada con la sensibilidad derramada fuera de las formas heredadas y que porta la multitud de una sociedad mundo por venir. Es preciso advertir que lo cómico no es lo ridículo que, generalmente, mueve a risa. Sinistra es la situación que padece un sujeto una comunidad que ha perdido sus parámetros cotidianos de vida en medio de lo extraño. El mundo actual no da risa salvo por el hecho de que toda risa se emparenta con la máscara de la muerte. Komisch, cómico en alemán, significa lo extraño e inquietante, lo absurdo porque no tiene o no pertenece a un lugar (común) y sin embargo, existe. Lo cómico es das Unheimliche, aquello arrojado a la intemperie, donde circula pero no circunda, la multitud errante. La visión de lo cómico planetario es parte de una poética del pensar que permite ver aquello que es preciso pensar más allá de lo habitual, donde experimentación y pensamiento se confunden en un proceso de construcción en lo contingente.

⁵ La sociedad de los individuos. Ensayos. Península Barcelona, 1990. Pág. 263-264.